

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 9 DE SENORITO A VAQUERO 15 cts.



*Era el Leopardo del Arizona, el terrible bandido...*



*Estaba apenada de haber creído a Burton un bandido...*

pehros piernas que ya casi se niegan a sostenerme en pie.

—Y a mí —añadió su compañero— me ocurre lo mismo! ¿Estoy rendido de cansancio?

—¿Y usted, caballero? —preguntó la guapa joven inclinando su busto de atabastro que exhalaba embriagador perfume, hacia el rudo cowboy.

Las hocicinas facciones del caballero de la parapa asumieron una expresión seria, casi rígida. Luego respiró violentamente, con una especie de resoplido, como si querían hacer todos los que han comido y bebido con exceso.

Uno de los hampones lo animó:

—Ea, amigo! ¡Dance usted con esta linda artista!

Entonces, Bill Beng no se atrevió a desairar los hermosos ojos que lo miraban suplicantes y ansiosos...

Los suyos, ciertamente, no habían visto ni admirado nunca una mujer tan bella y seductora...

¿Por qué no?

Con movimientos felinos, la guapa muchacha se cogió a su brazo. Ambos dieron varias vueltas por la pista destinada al baile, rodeándose los dos elegantes gratijas cuchicheaban y sonreían malignamente, bien ajenos a que alguien no apar-

taba la vista de ellos un solo instante.

Cuando regresaron Bill Beng y su hermosa pareja había ya sobre la mesa dos botellas de dorado y espumoso champaña.

Propusieron aquellos beber y brindar, a lo cual aceptó la artista con bulliciosa y contagiosa alegría sentándose junto a su rudo caballero, en cuyo ancho y fuerte cuello apoyó el prodigio de su magnífico brazo, sorprendido.

—¡Brindámonos los dos juntos! —dijo la arena con su voz dulce y argentina.

Y sin dejar de rodearlo con el brazo se puso en pie, apoyando su cuerpo contra el del *cow-boy* tallado en hércules.

Fué entonces cuando al hábil caracterista llegó el momento adecuado para ejercer su lucrativo y difícil arte.

Pero también fué entonces cuando el joven Billy Hurton acentuó su honrado esplan, presenciando la maestría y rapidez con que el bribón le birlaba la cartera al confiado hijo del desierto.

No había que perder tiempo, y antes de que los elegantes concurrentes y su bonita cómplice se separasen de su víctima y abandonaran el *dancing*, se plantó ante ellos diciéndoles al ladrón:



*La llegada del padre de Burton.*

—¿Devuelva usted a este hombre su cartera!

Bill Hong palideció repentinamente, llevándose la mano al bolsillo inferior de la americana, y al

—¿Qué dice este majadero?

En esas circunstancias suelen cruzarse muy pocas palabras entre los actores de un episodio tan emocionante.



*...acariciaba a su noble y fiel perro...*

notar que estaba vacío, un rugido de cólera se escapó de su garganta.

Su poderosa sarpa cayó sobre el elegante gramaje que, fingiendo un furor maulido, vociferó:

La bella muchacha comenzó a gritar y chillar; el compañero del actor intentó ayudar en el costoso en puntazo al arcaico, pero este evasivo el golpe y luego, con una



rapidez increíble, abofeteó a su enemigo.

En tanto, en las potentes manos del *cow-boy*, el hampón se debatía tan asustado como inútilmente.

— ¡Mi dinero! — bramaba aquél.  
— ¡Venga pronto mi cartera, o te destrozo!

Se arremolinó la gente, produciendo una algarabía clamorosa alrededor de los contendientes. Algunas masas, con las botellas y copas que había en ellas, rodaron por el suelo.

Y en el suelo vieron la cartera los relampagueantes y asustados ojos del *cow-boy* cuando habiendo derribado al hampón se agazapaba sobre él como un tigre.

El rapaz granuja, con una habilidad que habría envidiado el mejor prestidigitador, mientras lo zarandeaban los puños de hierro de Bill Beng, como sacude un arbolillo la tempestad, pudo tirar la cartera al suelo...

Y a esta circunstancia debió aquel granuja no ver truncada para siempre su carrera!

Acudieron varios policías diciendo con voz recia y autoritaria uno de ellos:

— ¿Qué sucede aquí? ¡Ah! ¿Son ustedes los promotores de este escándalo? ¿Quedan todos detenidos?

El dueño del establecimiento suplicó:

— No se lleven ustedes a nadie... Me perjudicarían mucho... ¡Por lo demás, no ha pasado nada! ¡Todo se debe a un error, a una equivocación!

«Este hombre creyó que le habían robado la cartera... pero la había perdido y ya la tiene en su poder, ¿no es verdad?»

Hizo el sombrío *cow-boy* un gesto afirmativo, asesiando una mirada de odio a los dos hampones, de las narices de uno de los cuales manaba abundante sangre.

— ¿Y este caballero? — preguntó uno de los agentes de la autoridad.

— ¡Es un noble y valeroso mozo

que ha evitado que me robasen un dinero que no era mío! — dijo Bill Beng.

Protestó el dueño:

— ¡En mi casa no hay ladrones, en mi casa no se roba a nadie! ¡Ea! ¡Se acabó el escándalo! ¡Todo el mundo a divertirse, señores! ¡Venga alegría!

De este modo terminó aquel incidente en que el loco *cow-boy* había recobrado los billetes de Banco por un verdadero milagro.

Estrechando cordialmente la mano del joven, Bill Beng le dijo:

— ¡No olvidaré jamás lo que ha hecho usted por mí esta noche! Y si alguna vez viaja por Arizona, deténgase en Cayuse...

— ¿Y qué podría hacer por allá un hombre como yo, que no ha trabajado nunca, que no sabe trabajar, un hombre que es, en una palabra, un perfecto inútil? — preguntó Billy Burton sonriendo.

— ¿Qué haría? ¡Por Júpiter! Estoy seguro de que en poco tiempo sería usted un excelente caballista... y de que le gustaría la vida que se vive en aquellos parajes.

— ¡Quizás nos veremos algún día! — dijo el valeroso joven al despedirse.

## II

Ojeaba un diario de la mañana al día siguiente el negociante William Burton, cuando le llamó la atención, sobresaltándole, la siguiente noticia en que aparecía mezclado el nombre de su hijo:

### ESCANDALO EN UN «CABARET»

En el «Dancing Modern» corrió peligro un enorme fajo de billetes de Banco. Los presuntos autores del robo fueron descubiertos por el joven Billy Burton, arrojándose una trifulca fenomenal.

Apenas hubo acabado de leer tan alarmante noticia, apareció en el despacho la airada y juvenil figura de su vestago.

—¿Qué significa esto, Billy?—le preguntó su padre frunciendo el ceño.

El joven fijó su ávida mirada en el sitio que le indicaba el dedo paterno, respondiendo:

—¡No te enojas, ni te asustas, papá! Te aseguro que no recibí ningún golpe peligroso. En cambio, la cara de mi adversario quedó hecha una lástima...

—¡Billy, la vida que llevas es sencillamente abominable! Hasta hoy no has tenido un disgusto serio... ¡pero lo tendrás, desgraciadamente, si no te corriges y enmiendas!

—Además, yo no puedo tolerar que mi nombre corra de boca en boca por culpa tuya.

—¡Yo te prometo...

—¡Nada prometas, porque ya es demasiado tarde!

—¿Qué quieres decir, papá?

—Quiero decir que se han acabado mi bondad y mi paciencia, y que eres libre desde este momento...

—Por lo tanto, te entregaré un pasaje para el sitio que más te plazca y te entregaré mil dólares!... ¡Con ese dinero podrás hacer frente a la vida mientras luchas y aprendes a ganártela con tu propio esfuerzo!

—¡Es inútil todo ruego! No me dirijas, pues, ninguno, porque mi decisión es irrevocable...

—¡Y yo la acepto resignado, papá!

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

—¿Dónde irás?

—Muy lejos.

—¿Adónde?

—Probaré fortuna en el Oeste, con los rudos ganaderos... Estoy hastiado de esta vida ociosa y cómoda de las diversiones de la ciudad y de mí mismo... Viviré mejor en cualquier parte, en contacto con la grandiosa y serena naturaleza,

contemplando horizontes lejanos y solitarios... ¡yo qué sé dónde!

—¡Acepto contento, papá! Camiaré de vida, y cuando haya conquistado una posición...

\*\*\*

Aquella misma mañana, provisto de mil dólares y de un billete para Cayuse, en el estado de Arizona, tomó el tren en la estación Central...

Asaltado el tren poco antes de llegar al punto de destino por una cuadrilla de forajidos, el joven Billy Burton, más intrigado que asustado por la brutal aventura, quedose con los bolsillos vacíos y sin saber dónde ir, mejor dicho, cómo orientarse para llegar a Cayuse.

Una vez en tierra, no se desanimó lo más mínimo.

Y ciertamente no tenía motivos para desanimarse, a pesar del contratiempo que hemos referido, acaso con excesiva brevedad, pues en la misma situación que él se encontraba una linda y graciosa muchacha que viajaba en el tren asaltado.

—¡Somos compañeros de viaje, señorita!—dijo alegremente Billy.

Las hermosas facciones de la joven expresaron una especie de terror, que el valeroso y optimista Billy no comprendió.

Luego dirigió una mirada en su alrededor, pero sus ojos no divisaron en el agreste, salvaje y bello paisaje que se extendía ante ella ningún ser humano.

—¡Tomaremos aquel camino, que sin duda conduce a algún sitio! ¿No le parece?

Hizo la joven un gesto de asentimiento y ambos echaron a andar.

Sin duda asaltaba a la guapa viajera con frecuencia el recuerdo de lo que le había ocurrido en el tren, pues se estremeía de vez en cuan-



—No hagas el papel de dueño...

do y su amada y bonita cara la demudaba el espanto.

...

No anduvieron solos mucho rato por aquel solitario lugar.

En un recodo del camino, vieron acercarse al galope varios jinetes.

Pertenecían a la caballería apache y llevaban el cargo de detenedores del *sherif*.

Uno de ellos, apeándose, empuñó el revólver, ordenando a Billy, mirándolo con expresión amenazadora:

— ¡Manos arriba!

Su perniciosa compañera, huyendo de su lado, fué a refugiarse más allá de los dos jinetes que también lo apuntaban con su revólver.

— ¡Pero... qué significa esta chanza tan pesada?

— ¡Chanza, bandido? ¡El *sherif* te ajustará las cuentas!

Sin perder la serenidad y el dominio sobre sí mismo, Billy Burión exclamó:

— ¡Cómo! ¿Me toman ustedes por un bandido?

— ¡Acaso no lo eres. En la estación



— ¡Manos arriba!



de Cayuse nos han dicho hace un cuarto de hora que una outrida banda de facinerosos había asaltado un tren y desvalijado a sus viajeros.

— ¡Y yo entre ellos! Por lo cual, ¡maldita la gracia que tiene el que luego de quedarse sin un solo dólar, se me juzgue y detenga como a un malhechor!

— ¡En marcha y con el pico cerrado! — vociferó el representante de la autoridad.

— Y en cuanto a usted, señora, por el hecho de ir en compañía de este perillán... también me veo obligado a detenerla a usted!

— ¡Santo cielo! ¡Yo detenida!

— ¡Es usted tan torpe como grosero! — le apostrofó Billy Barton a su aprehensor. — ¡Esta hermosa joven nada tiene que ver conmigo!

— ¡Nunca me han convencido las palabras de un culpable! ¡Por lo tanto, chitón y adelante!



*Le asestó un directo a la mandíbula...*

— ¡Bien está! Pero deje usted de encañonarme el revólver por si acaso da la «casualidad» de que se dispare! ¡Ya usted ve que no ofrezco resistencia! Está equivocado usted y yo soy la víctima de su



*Los puños de Billy dieron buena cuenta de los malvases...*

error! Pero creo que se aclarará todo.

—En el oscuro calabozo donde lo encerraremos a usted luego que lo interrogué nuestro jefe, el *sherif* de esta comarca...

Ni la desagradable perspectiva de verse encerrado entre las cuatro paredes de una prisión, hizo perder al animoso Billy su buen humor y su coraje.

—No creo—dijo con mofa—que el *sherif* tenga en los ojos la venda que le impide a usted ver mi honradez... ¿Tengo yo cara de malhechor? ¡Mirme usted bien! ¡Y, sobre todo, fijese en esta señorita!

Vaciló y meditó unos instantes el delegado del *sherif* y por fin declaró:

—Sus señas coinciden con las de un hombre que andamos buscando, y mientras usted no demuestre quién es, cumpliré con mi deber arrestándolo...

—En cuanto a usted, señorita, ¿qué puede decirnos para desvanecer mis sospechas?

—¡Viajaba en el tran que han asaltado aquellos hombres terribles y logré escapar!...

—¿Y este sujeto?

—¡No lo conozco! Hoy lo han visto mis ojos por primera vez...

—¿E iba usted en su compañía por estos sitios tan solitarios?

—¡Nos encontramos casualmente!

—¡Si que es chocante el tal encuentro! ¡Parecían ustedes no dos desconocidos, sino los mejores amigos del mundo!

—¡Y sin embargo, cuando los vi a ustedes, no pude menos que respirar aliviada!

—¿Por qué?

La encantadora muchacha guardó silencio, encendida de rubor.

—¡Responda usted!

—Yo creí, equivocadamente, que este hombre formaba parte de la cuadrilla de bandidos y que me perseguía para hacérmelo víctima de un infame atropello... El recuerdo de

cierto suceso ocurrido a una amiga mía que cayó en poder de unos *cozabogs*... me hizo concebir sospechas injustas, llenándome de horror al corazón y al alma...

—¡Pero ahora confieso sinceramente mi error!

Billy Burton exclamó gozoso:

—¡Por vida de...! ¡De veras, señorita, receló usted que fuese un bandido?

—Estoy profundamente arrepentida de mi ligereza, pero he dicho la verdad.

—¡Y el *sherif* lo aclarará todo! ¡En marcha, en marcha!

El extraño cortejo se puso a andar.

Confaba Billy Burton en la ayuda de Bill Beng, cuya hacienda, en que desempeñaba el cargo de capataz, no debía estar lejos de aquel paraje.

\*\*\*

Y he aquí que cuando apenas llevaban recorrido un quilómetro apareció en el camino un auto que avanzaba vertiginosamente.

Se vió disminuir la marcha del vehículo, cuyo conductor lanzó un fuerte grito de alegría y de asombro.

Luego paró en seco y abandonando el *baquet* avanzó hacia el detenido con los brazos abiertos y exclamando:

—¿Pero de dónde sale usted, amigo mío? ¿Qué le trae a usted por esta comarca?

—¡La autoridad! —repuso Billy Burton con acento sarcástico—. ¡Estos hombres se me llevan preso!

—¡Usted preso! —vociferó el rudo y jubiloso Bill Beng—. Señores, este valiente mozo es el mejor amigo mío que tengo yo... ¡Respondo de él! ¡Déjenlo!

—¡Imposible! —respondió el jefe de los aprehensores de Billy.

Masculló el tosco y enérgico *coz-*



hoy una imprecación, su bronco rostro asumió una expresión rígida y amenazadora, y con voz dura y cortante preguntó:

—¿Por qué es imposible?

—¡Su amigo me ha fallado e insultado sabiendo que soy una autoridad!

—Cierto... Eres una autoridad que deberías cuidarte de dar caza a los facinerosos que merodean por la comarca en lugar de arrestar a amigos míos, tan honrados como valientes...

«¡Hazme caso, Neela! ¡Lárgate con tus compañeros antes de que se caldeen los ánimos!

—¡No me ameneses, Bill Beng!

—¡Yo no amenazo nunca... porque cuando me obligan a amenazar, prefiero castigar! ¡Marchate, repito! ¿Me oyes?

Al mismo tiempo acercó su diestra al revólver y sólo Dios sabe las trágicas consecuencias que habría tenido el que lo llegase a sacar.

Re decir, lo sabían también los delegados del *sherif*, pues casi afablemente, uno de ellos dijo:

—¡Cálmate, Bill Beng! ¡La cosa no tiene importancia y no debe terminar en un *fogueo*! (1).

«¡Te dejaremos a tu amigo, quedando todos contentos y satisfechos!

Así terminó el viaje del joven Billy Burton. Respecto a su linda compañera en aquella aventura, luego de despedirse pidiéndole excusas y perdones por el mal concepto que formara de él durante unos fugaces momentos, marchó con los delegados del *sherif* hacia la estación de Cayuse, en donde esperaba la llegada del primer tren para reanudar su viaje.

Billy Burton, montando en el automóvil junto al bravo capataz, le dijo:

—Ya me tienes a tu lado, como aprendiz de caballista, de vaquero,

(1) Acabar una disputa a tiro limpio.

de lo que quieras!... He cumplido la promesa que te hice hace tres noches.

—¡Y me has dado la alegría más grande de mi vida! Queda aceptada tu petición hasta que venga la dueña de la hacienda, la señorita Frankie, que ahora se halla en la capital.

\*\*\*

Dos meses después el rico negociante William Hurton leía henchido de orgullo y con emocionado júbilo la siguiente carta:

*«Papá querido: Bendigo la hora en que me obligaste a salir de casa y abrirme camino en la vida con mi propio esfuerzo. Lo he conseguido, pues soy dueño de un inmenso rancho, en el que obtengo crecidos beneficios.*

*«La vida en Cayuse está llena de atractivos y encantos, y por ahora no pienso regresar a abrazarte cariñosamente.*

«BILLY.»

—¡Esta carta—dijo el negociante sonriendo con intenso gozo—no tiene contestación, porque hoy mismo voy a poderme en camino hacia Cayuse!

«¡Travieso y admirable Billy! ¡Qué chasco me has dado y qué alegría también!

Al atardecer de aquel día, el harcúleo Bill Beng acercóse a su amigo, que acababa de regresar de ejercitarse en el manejo del lazo, y le dijo:

—Hace un par de horas llegó este telegrama para ti.

Billy apenas leyó su breve contenido, exclamó:

—¡Santo cielo! ¡Buena la he hecho!

—¿Qué noticias te envían?

Por toda respuesta, Billy mostró



—*Préstame este rancho!*

a su amigo el telegrama que decía lo siguiente:

*«Orgulloso, dándote dueño de una hacienda, voy a aboazarte.»*

«WILLIAM BURTON.»

— ¡Reasacasas! — refunfuñó Bill Beng. — ¿Cómo fuiste la ocurrencia de decirle a tu padre que eras el dueño de este rancho?

— Quise darle la alegría de demostrarle que era un hombre de provecho!

«¡No te enojas, querido Bill Beng, y ayúdame a salir del apuro! No quiero que mi padre se disguste enterándose de mi engaño!»

— ¿Y qué puedo yo hacer por tí?

— Una cosa muy sencilla.

— ¿Cuál?

— ¡Prestarme este rancho!

Llevóse Bill Beng las manos a la cabeza.

— ¿Y dices que eso es una cosa sencilla! (Como si esta propiedad fuese un billete de Banco, o un caballo, o un revólver!)

— ¡Echétame con paciencia y verás que el asunto no puede ser más fácil! Se trata de representar todos una corta farsa, yo la de amo de esta hacienda, y todos vosotros la de activos y fieles servidores míos. ¿Comprendes?

— ¡Sí, sí!

— ¿Y aceptas, verdad?

— Acepto; pero no hagas tu papel de dueño con excesivo rigor y despotismo.

— ¡No pierdas cuidado!

\*\*\*

A la mañana siguiente, padre e hijo conversaban alegremente cuando Billy le propuso dar un paseo por su inmensa finca.

— ¡No deseo otra cosa que verlo y examinarlo todo! Ah, querido Billy! ¿Qué cambio más milagroso! ¡Te veo y escucho y me parece mentira que seas tú el mismo Billy juerguista, derrochador y penden-ciero de hace unos meses!

En aquel momento se acercó Bill Beng y el joven Burton se lo presentó a su progenitor:

— ¡El capataz del rancho, papá! ¡Mi hombre de confianza! ¡Es más bravo que un león y más fiel que un perro!

«¡Bill Beng, prepara el coche para mi padre!»

«¡Yo montaré mi caballo favorito!»

— ¡Eres un linde sin par, hijo! Pero no me extraña — añadió con esa ternura inocente y sublime propia de los padres que adoran a sus hijos —, porque tenías seis años cuando le comí aquel caballo de cartón y parecías un general cabalgándolo.

— ¡Pues hoy, mi amo — intervino Bill Beng —, es un verdadero centauro, capaz de cabalgar sobre un tigre de Bengala!

— ¿Y toda esta tierra pertenece a Billy?

— Sí, señor, y mucha más — me no puede abarcarla la vista...

— ¡Ganas me entran de quedo aquí siempre! — exclamó el negociante —. ¡Estoy harto de la vida febril y agitada de la capital! Es la soledad tan grandiosa, esta quietud y esta calma son un regalo para el cuerpo y para el alma! ¡Qué

montañas más bellas, qué praderas tan alegres, qué cielo más limpio y hermoso!

«¡Vaya, que quiero pasar aquí, a tu lado, una temporada; hijo mío! Y ahora mismo vas a ordenar que me construyan un cuarto de baño derribando la habitación contigua a mi dormitorio.

«Aun haré otras reformas... de las que saldrá ganando este enorme edificio...

— Papá, esas reformas las aplazaremos...

— ¡De ninguna manera! — interrumpió el negociante.

De pronto se acercó un mozo con un telegrama en la mano para el capataz.

*«Llegaré hoy con dos invitados. ¡Prepáralo todo y ven a esperarme!»*

Esta noticia produjo en el rudo y leal Bill Beng una verdadera consternación, pues se la enviaba su auténtica dueña, la hermosa y joven viuda Marta Frankie.

— ¡Dios mío! — murmuró — ¡En qué me me he metido!

En tanto el negociante preguntó a su hijo:

— Escucha, Billy! ¿Puedes decirme de quién eran los lujosos vestidos de mujer que he encontrado en mi dormitorio? De alguna amiga, sin duda, ¿eh, pícaro?

— No, papá. Son de la antigua dueña de esta finca.

Bill Beng hizo una seña a Billy, el cual, reuniéndose al poco rato con él, se enteraba del telegrama recién llegado.

— ¿Qué hacemos ahora? — inquirió el capataz. — Ayúdame tú a pensar, porque en mi cerebro hay un torbellino de ideas, todas confusas! ¿Revelar la verdad a tu padre?

— ¡Ni soñarlo! Ten confianza en mí! Iré yo a recibir a tu dueña.



*La rica y guapa ranchera se enteró de la verdad.*

### III

Algo extrañada Marta Frankie de que acudiera a recibirla el arrogante y guapo Billy, enterose complacida de que Bill Beng lo había tomado a su servicio.

Un hecho aumentó la simpatía y la admiración de la joven, rica y guapa viuda hacia su servidor. Un hecho que le causó un susto mayúsculo, pues salieron al encuentro del coche cuatro sujetos peliñosos, ordenando que se detuviese.

La intención de los malhechores no era otra que desvalijar a los viajeros y quizás secuestrar también a la seductora propietaria... Pero los puños de hierro de Billy dieron buena cuenta de los malefices, y sin otra consecuencia que el susto llevaron todos al rancho.

El valeroso Billy enteró a la linda Frankie del compromiso en que se hallaba, suplicándole que lo ayudase a salir de él.

— ¿Y cómo? Dígmelo usted, y por gratitud a lo que en defensa mía ha hecho en la caradura le ayudaré a usted... Pero yo creo lo mejor enterar de la verdad a su padre.

— ¡De ninguna manera! ¡Se moriría del disgusto!



Una sorpresa esperaba a la viajera al llegar a su finca, pero una sorpresa agradable; el progenitor de Billy y ella se conocían desde que se quedó viuda...

De manera que cuando Billy la presentó al autor de sus días con las siguientes palabras:

—La antigua propietaria del rancho, que ha venido a recoger unos efectos.

Ambos lanzaron una exclamación de alegre asombro.

El de Billy no es para descrito.

Contaba la radiante viuda unos veinte años, pues su esposo falleció en Shangai a los dos meses de casado, y su belleza era verdaderamente algo excepcional...

Así es que nada tiene de extraño que Billy se sintiera esclavizado por sus encantos, ni el que ella, a los pocos días de tratarlo, pensase en que el amor es un sentimiento renovable en el corazón de la mujer con intensidad y apasionamiento.

La captura de cierto bandido, el capitán de la cuadrilla que había asaltado meses antes al tren, llamado el *Leopardo del Arizona*, llevada a cabo por Billy Burton, rodeó su persona de esa aureola de fama y de heroísmo a que tan sensibles son las mujeres.

En esa arriesgada proeza demostró el joven Burton poseer una bravura de león, pues el temible jefe de forajidos se hallaba refugiado con sus siniestros secuaces en una caverna de cierta montaña cercana, y todos se defendieron hasta el último instante con una ferocidad inenarrable.

\*\*\*

En vano había intentado, con razones y súplicas, el rico negociante, disuadir a su vástago de tan te-

meraría como peligrosa aventura, y convencerlo a que regresara con él a la ciudad donde residía, abandonando el suelo del Oeste.

El valeroso mozo resistió los cariñosos requerimientos paternales, y, al frente de un puñado de indomables *cow-boys*, entre los cuales figuraba Bill Beng, se encaminó a anochecer de cierto día a la guarida de los bandoleros.

En seguida comenzó el tiroteo, entre sitiados y sitiadores, durante la lucha toda la noche. Cuando aclararon las tinieblas las primeras tintas de la aurora, Billy Burton advirtió que todos sus valientes compañeros estaban heridos, y, además, que pronto les faltarían las municiones.

Era, pues, preciso, aprovechar bien las escasas balas de que aún disponía.

Pero el silencio que reinaba entre los bandoleros hizo pensar que tal vez sus disparos y los de sus audaces compañeros habían causado entre ellos una mortandad terrible.

¿Cómo comprobar la exactitud de esa sospecha?

—¡Es necesario penetrar en la misma madriguera de esos malvados!—propuso a Bill Beng.

Este, que sólo estaba levemente herido, replicó:

—¡Eso sería una locura, un insensato suicidio!

—En tal caso, no sabremos a qué atenernos. ¿Y no te parece a ti muy significativo el que desde hace ya cerca de una hora esa gentuza no responda ni una sola vez a nuestros disparos?

—Puede obedecer su silencio a una estratagema,

—Tal vez han abandonado su guarida—supuso el heroico Burton—amparados por las sombras de la noche.

—¡Nada tendría de extraño!

—¡Hay que salir de dudas!

Y Burton hizo ademán de avanzar hacia el refugio de los bandidos.

— ¡Detente! — le gritó el rudo *cow-boy*.

Pero Burton continuó avanzando con un revólver en cada mano, incorporando el cuerpo y la centelleante mirada fija en la entrada de la caverna.

A los pocos instantes llegaba a ésta. El silencio reinante fué interrumpido por dos detonaciones, a las que siguió un grito de alegría y de triunfo proferido por el héroe de aquel dramático episodio.

Un momento después Bill Beng

y Bill Burton se hallaban en el interior de la madriguera, hallando en ella sin vida al *Leopardo del Arizona* y a dos de sus secuaces. Los demás facinerosos habían desaparecido.

Nuestro protagonista recibió el premio de diez mil dólares ofrecido por la cabeza del terrible malhechor, en medio de los vítores y aclamaciones de una muchedumbre entusiasmada y delirante...

Pero el premio más codiciado lo alcanzó después cuando en la augusta ceremonia de la boda, Marta Frankie juró amarlo fielmente, inmensamente hasta la muerte.

**FIN**

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

**EL «GAVILAN DE LA PRADERA»**

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

# LOS FILMS DEL FAR-WEST

**Es la publicación más interesante y económica que ahora puede adquirirse**

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una **novela completa**, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

**15 cts. el cuaderno con novela completa**

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS.
2. CONTRA VIENTO Y MAREA.
3. EL VALLE DEL MISTERIO.
4. EL REY DE LOS JINETES.
5. LOS PUROS DE TOM TYLER.
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST.
7. LA LEY DEL TORTAZO.
8. EL CULPABLE.

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica**

Calle de Londres, 158 - BARCELONA

---

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona